

Juan Pérez Zúñiga

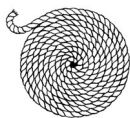
SEIS DÍAS
FUERA DEL MUNDO
(Viaje involuntario)

SEI GIORNI
FUORI DAL MONDO
(Viaggio involontario)

con ilustraciones de / con illustrazioni di
Xaudaró

a cura di
Álvaro Ceballos Viro, Fabrizio Foni e Riccardo Trani

Nerosubianco



le drizze

COLLANA

A CURA DI

Luciano Curreri

ILLUSTRAZIONE DI COPERTINA E DISEGNI

Alexandra von Bassewitz

PROGETTO GRAFICO

Sabrina Ferrero

© NEROSUBIANCO edizioni, Cuneo 2011

TUTTI I DIRITTI RISERVATI

ISBN 978 88 89056 73 8

L'editore riconosce i diritti di pubblicazione ai legali aventi diritto.

El astronauta en el mesón.

Álvaro Ceballos Viro

A finales de julio de 1917, de camino al monasterio de Silos, un joven estudiante llamado Federico García Lorca hizo alto en la villa burgalesa de Covarrubias. Tras descender de la diligencia penetró en el mesón, una construcción solariega de fachada blasonada y pórtico ojival. Más tarde, tal vez esa misma noche, escribiría en su cuaderno de viaje lo siguiente:

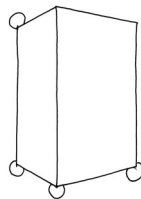
El mesonero es a la vez médico del pueblo. Es una fi[g]ura extraña, con los ojos desencajados, con grandes tufos a la malagueña y de una finura comedida. Surgió de una puerta rodeado de su chiquillería y nos saludó amablemente... En una mesa ví [sic] unos libros de Pérez Zúñiga y de Marquina, que son los favoritos de dicho buen señor¹.

Aquellas prosas primerizas de García Lorca estaban hilvanadas por una dialéctica difícil en la que lo urbano y lo rústico competían en vulgaridad y se oponían a un romanticismo de ruina y plazoleta, delicado e íntimo. Los escritores Juan Pérez Zúñiga y Eduardo Marquina, si bien por distintas razones, venían a representar el extremo opuesto de la delicadeza y de la intimidad. Al poeta en ciernes esas lecturas le bastan para caracterizar la personalidad completa del mesonero de Covarrubias. Quizá uno de aquellos libros fuera este que el lector tiene en sus manos.

El testimonio de García Lorca es tan sólo uno de los muchos que abonan la popularidad de Juan Pérez Zúñiga en el panorama literario español del primer tercio del siglo XX. Fue, por ejemplo, de los pocos autores que merecieron ser caricaturizados en bitono por Bagaría en el catálogo de 1915 de la editorial Renacimiento, honor sólo compartido por escritores ya entonces tan prestigiosos como Benito Pérez Galdós, Emilia Pardo Bazán, Jacinto Benavente o Miguel Unamuno². Más tarde, su nombre

¹ Federico GARCÍA LORCA, *Impresiones y paisajes*, Granada, s.n. [Tip.-Lit. P. V. Traveset] 1918, p. 70. Para una reconstrucción de aquel viaje, véase Ian GIBSON, *Federico García Lorca I. De Fuente Vaqueros a Nueva York (1898-1929)*, Barcelona, Grijalbo 1985 (4ª ed.), p. 168.

² Véase Cecilio ALONSO, «Sobre la categoría canónica de *Raros y Olvidados*», en *Anales de literatura española*, nº 20, 2008, 11-38, p. 23.



aparece en alguna encuesta entre los autores más leídos, junto a Alexandre Dumas, Jules Verne o el folletinista español Manuel Fernández y González³. Lo confirma también el elevado número de reediciones de alguna de sus obras, como enseguida veremos.

Juan Pérez Zúñiga cultivó una literatura cómica y desenfadada, del género que se llamó festivo antes de que los términos «humorismo» y «humorista» adquirieran carta de naturaleza en la lengua castellana (el diccionario de la Real Academia no los recoge hasta su edición de 1914, con un significado distinto, y menos jovial, del que hoy en día se les atribuye). Aquella literatura festiva gozó de enorme aceptación, prodigándose en revistas y colecciones de quiosco. En palabras del propio Pérez Zúñiga, contaba cada día con más adeptos, «adeptos que no son precisamente niñas cursis, porteros bostezadores y estudiantes juerguistas, pues también hay senadores vitalicios, duquesas de crema y vicarios capitulares que se solazan con las chirigotas de los periódicos y que hasta leen (generalmente de prestado) novelitas alegres»⁴.

La crítica, en cambio, siempre trató la obra de Pérez Zúñiga con condescendencia. El escritor se consolaba pensando que, aunque sus novelas no fueran reseñadas más que de forma muy sucinta y superficial, entre las esquelas y los anuncios por palabras de los diarios, el público se encargaba de lo principal, que era —decía él— comprarle todos los ejemplares⁵. En 1924, el editor Artemio Precioso consideraba a Pérez Zúñiga el decano de los escritores festivos españoles, «más que por su edad, por su labor misma; con el inolvidable [Luis] Taboada compartió la popularidad, y sus nombres figuraron constantemente juntos en los periódicos más buscados por el gran público»⁶.

Juan Bautista Pérez y Vázquez de Zúñiga nació en la madrileña calle de Toledo, el 18 de octubre de 1860, como hijo de Julia Vázquez de

³ E. DE LA IGLESIA PICAZARRI, «Los obreros y la literatura. Al margen de una encuesta», en *La Gaceta Literaria*, n° 46, 15 de noviembre de 1928, p. 2.

⁴ Juan PÉREZ ZÚÑIGA, «Seudo-prólogo», en Joaquín BELDA, *La suegra de Tarquino*, Madrid, Sotero y Álvarez, s.a., p. 5.

⁵ *Ibid.*, pp. 6-7.

⁶ Artemio PRECIOSO, «A manera de prólogo», en Juan PÉREZ ZÚÑIGA, *La flor de «La Rabadilla»*, Madrid, Sucesores de Rivadeneyra («La novela de Hoy», n° 107, 30 de mayo) 1924, s.p. [3].

Zúñiga, de Madrid, y del tolosano Esteban Pérez Aguirre y Lanuza. Este último solía omitir en su firma el primer apellido materno, y sus hijos contraerían parecida costumbre, omitiendo el «Vázquez» de lo que en realidad era un apellido compuesto e hidalgo. Quien para el mundo sería Juan Pérez Zúñiga vivió primero en la calle Huertas de Madrid, se examinó de reválida en el instituto de San Isidro el 26 de junio de 1875 y comenzó, con apenas quince años y sin mucha aplicación, estudios de derecho civil y canónico, que terminaría en 1883⁷. Simultáneamente cursó la carrera de violinista, a la que debió el sustento durante algunos años juveniles.

En febrero de 1884 entró a servir en la administración del Estado, y en junio del año siguiente contrajo matrimonio con la pianista Aurora Maffei Gómez, con quien tuvo tres hijos. Llegaría a ser jefe de segunda clase del cuerpo general de administración de la Hacienda Pública e interventor de la ordenación de pagos de los ministerios de Justicia y Culto y de Gobernación, cargo con el que se jubilaría al cumplir la edad reglamentaria de 69 años. Su sueldo fue aumentando paulatinamente desde las dos mil pesetas anuales que cobraba en 1884 como aspirante del ministerio de Fomento hasta las 11.000 de su último puesto⁸. A muchos de sus contemporáneos, y entre ellos a sus propios jefes en el ministerio, les costaba creer que aquel señor barbudo de aire grave y circunspecto fuera el mismo que firmaba poemas extravagantes en los periódicos de mayor tirada. El segundo apellido del probo funcionario había llegado a ser, en la España de los años 20, sinónimo de chiste insensato o de cosa sin pies ni cabeza, como lo había sido siglos antes el de Juan de la Encina.

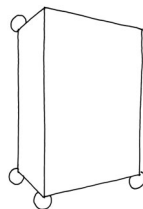
Es fama que Pérez Zúñiga era aún muy joven cuando su facilidad para la versificación llamó la atención de Vital Aza —escritor mencionado en la presente novela—, que fue quien le introdujo en la redacción del semanario festivo *Madrid Cómico*⁹. Esta divulgadísima revista, dirigida durante catorce años por Sinesio Delgado, reemplazó con un humor moderado e inocuo la literatura satírica y combativa que había proliferado en torno a la revolución de 1868, y que languideció durante la Restauración alfonsina, si se exceptúa algún semanario político como *Gedeón*¹⁰. Más tarde, algunos

⁷ Consúltese el expediente académico conservado en el Archivo Histórico Nacional de Madrid (UNIVERSIDADES, 4587, EXP. 15).

⁸ Véase el expediente nº 301/602/1929 del archivo de Clases Pasivas.

⁹ Véase la entrevista que publicó *Buen Humor* el 12 de noviembre de 1922.

¹⁰ Véase Pedro GÓMEZ APARICIO, *Historia del periodismo español. De la Revolución de Septiembre al desastre colonial*, Madrid, Editora Nacional 1971, pp. 618-619 y 633-636.



tildarían *Madrid Cómico* de «literatura dominical para burgueses»¹¹, o de golosina espiritual para la España «burguesa y menestral»¹².

Parecidas descripciones podrían aplicarse, si no a todas, sí a bastantes de las cabeceras en las que Pérez Zúñiga publicó con regularidad, las cuales aparecen listadas en el catálogo de periodistas de Manuel Ossorio y Bernard y en el de Antonio López de Zuazo. Entre las colaboraciones más señalables y duraderas se cuentan, aparte de *Madrid Cómico*, las de *ABC*, *Blanco y Negro* o el *Heraldo de Madrid*. En este último publicó la sección «Cosquillas», que antologaría más tarde en volumen: se trataba de poemas que comentaban la actualidad en clave cómica, a veces crítica —lo que viene a demostrar que también la literatura festiva comprendía diversos grados y registros—, pero siempre poniendo cuidado en no traspasar ciertos límites ni criticar las instituciones¹³.

En verso o en prosa, la de Pérez Zúñiga es siempre una literatura de colmos, de excesos y de nombres fantasiosos más o menos elocuentes, tales como Felipe Segundo, Soledad del Campo, don Perfecto Bueno del Todo, Dolores Fuertes, Rosa Espinosa, Jacinto Rosales, el conde de la Chirimoya o doña Blanca Puntillo de Vals. Podría definirse como un costumbrismo disparatado en el que los tipos sociales se ven reducidos al absurdo y lanzados a las más estrambóticas peripecias. El lector que explore la incommensurable producción de Pérez Zúñiga encontrará, entre otros, al suicida que explota a su salvador, al romero incorregible, al adúltero que sueña en voz alta, al niño disfrazado de perro que es confundido con una mascota extraviada, al tuerto que sustituyó su ojo por un pisapapeles, al que sueña con un sorteo de mujeres y al que se trasplantó un hígado de carnero. El inventor dispéptico Pompeyo Marrón pertenece a esa misma estirpe desquiciada. El procedimiento habitual es,

¹¹ Isaac ABEYTUA, «La literatura y la vida de Sinesio Delgado», en *Diario de Alicante*, nº 5.083, 17 de enero de 1928, s.p. [4].

¹² Fabián VIDAL, «Sinesio y su época», en *La Vanguardia*, 19 de enero de 1928, p. 7.

¹³ En palabras del propio PÉREZ ZÚÑIGA, «Procuró no meterme en mis renglones / con las instituciones / ni con los militares ni los curas, / ni con los comerciantes, / pues a mis años ya son muy cargantes / las locas aventuras» («Así se hace», en *Buen Humor*, nº 262, 5 de diciembre de 1926, p. 4). En este poema el autor proseguía renegando del verso «sin rima y sin medida», y explicando cómo no ocultaba los ripios, y cómo el santoral le proporcionaba con frecuencia el consonante deseado. No ha de confundirse el volumen de *Cosquillas* de 1921 con otro homónimo, del mismo autor, sin fecha, prologado por Antonio PEÑA Y GOÑI.

como se comprenderá, más retórico que mimético: la observación de la realidad circunstante y cotidiana queda supeditada a la ingeniosidad verbal, y el interés de un tipo o de una situación se cifra en el número de dobles sentidos que propicie.

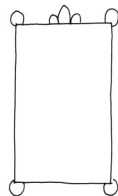
El ya mencionado Vital Aza fue también quien obtuvo el estreno en el teatro Lara de la primera de las muchas piezas teatrales que Pérez Zúñiga escribiría a lo largo de su vida. En 1920 sumaban una treintena, entre juguetes cómicos, pasillos, sainetes y zarzuelitas en un acto¹⁴. No todas las piezas fueron aplaudidas, como demuestra, por ejemplo, la reseña de *Muerte y dulzura o el merengue triste* que publicó el periódico *La Acción* el 8 de marzo de 1916. En el relato «El paraíso terrenal», el propio autor interviene para explicarle a uno de los personajes que «[a]unque llevo estrenadas veintidós [obras], y algunas (pocas) con éxito excelente, creo que tengo de verdadero autor dramático lo que tenía mi abuelita de gladiador romano»¹⁵. No resulta fácil decidir, ante afirmaciones como ésta, si Pérez Zúñiga se complacía en quitarse méritos o si estaba respirando por la herida. En cualquier caso, su actividad teatral ralearía desde entonces, a tal punto que en 1935 comenzaba la relación de una anécdota con estas palabras: «[h]ace muchos años, cuando yo estrenaba comedias»...¹⁶

No se trataba sólo de las comedias: podría decirse que, en sus últimos años y con carácter general, Pérez Zúñiga espació la publicación de textos inéditos. Prefería gestionar las reediciones de sus obras, mantener la correspondencia con sus amistades, dejarse caer por la Asociación de Escritores y Artistas —de la que fue vicepresidente primero— o por la Congregación de Actores Españoles —que llegó a presidir—, visitar a sus antiguos colegas en la Administración y, de paso, entrar en alguna librería, o pasear por los bulevares de Recoletos. La guerra civil pondría un fin abrupto y calamitoso a esa plácida vejez. Una bomba destruyó su domicilio de la calle Fuencarral, por lo que hubo de pasar sus últimos meses en casa de su hija, en el barrio de Salamanca. Allí lo entrevistó *Blanco y Negro* poco

¹⁴ Sobre esta faceta de su actividad puede consultarse, a pesar de algunas imprecisiones, la ficha que se le dedica en Javier HUERTA CALVO (dir.), *Historia del teatro breve en España*, Madrid / Frankfurt am Main, Iberoamericana / Vervuert 2008, pp. 919-922.

¹⁵ Recogido en *La soledad y el cocodrilo... y otras cosas*, Madrid, Renacimiento 1913, p. 230.

¹⁶ *El placer de recordar*, Madrid, Biblioteca Nueva 1935, p. 35.



antes de su muerte, que acaeció la tarde del 5 de noviembre de 1938¹⁷. Doce años después, *ABC* publicaba su último poema, redactado con el pie en el estribo: «Pensé morir algún día / partido por un camión / ó por una indigestión / ó por una pulmonía. / Pero venir á quedar / convertido en un *fiambre* / por la metralla ó el hambre, / inunca lo pude pensar!...»¹⁸. Sería injusto limitarse a lamentar la dudosa calidad de estos rípios sin ver en ellos la reacción refleja y quizá autodefensiva de un hombre triste que llevaba casi seis décadas esforzándose en hacer reír a los demás.

Aparte de la que aquí presentamos, sólo son tres las obras de Juan Pérez Zúñiga disponibles actualmente en el mercado editorial. La primera es una reedición facsímil de *Amantes célebres puestos en solfa* (1903). La segunda es *Cocina cómica*, recetario heterodoxo contra el hambre y el aburrimiento, obra publicada originalmente en 1897 y que cien años más tarde rescataría Juan Carlos Ara Torralba, anteponiéndole un prólogo sagaz y bien documentado. En cuanto a la tercera, se trata sin duda de la más conocida de sus novelas, *Viajes morrocotudos en busca del «Trifinus melancólico»*. En ella, como en *Seis días fuera del mundo*, los protagonistas son Juan Pérez Zúñiga y su amigo el dibujante Joaquín Xaudaró, quienes en esta ocasión dan la vuelta al mundo a expensas de un excéntrico inglés, en busca de un animal del que no conocen más que la categoría taxonómica (el nombre vulgar resultará ser finalmente muy poco exótico). Esta novela, que se publicó por primera vez en 1901, alcanzó en 1943 la decimotercera edición y desde 1980 ha sido propuesta con renovado entusiasmo por varias editoriales españolas. En el prólogo a la edición de 1995 de Biblioteca Nueva, Enrique García Fuentes insistía en la inmensa popularidad de los *Viajes morrocotudos*, reparaba en la problemática altivez de los protagonistas en su trato con otras etnias, y citaba un juicio esclarecedor, aunque difícilmente localizable, atribuido al periodista Manuel Bueno, según el cual la literatura de Juan Pérez Zúñiga satisfacía «las necesidades intelectuales de la clase media española. En un país en el que la gente llama al pan, pan, y al vino, vino, lo que supone una desnudez de imaginación espantosa, es natural que una página de Zúñiga sea más

¹⁷ La *entreviú*, firmada por José A. HERNÁNDEZ, se publicó el 15 del mismo mes. De ella proceden varios de los detalles de este párrafo.

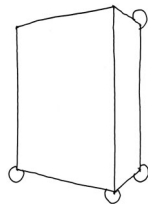
¹⁸ Esperanza RUIZ-CRESPO, «Don Juan Pérez Zúñiga, escritor festivo», en *ABC*, nº suelto, 16 de noviembre de 1950, p. 11.

codiciada que una estrofa de Rubén o un ensayo filosófico de Unamuno»¹⁹.

Los *Viajes morrocotudos* eran ante todo una reescritura bufa de la vuelta al mundo de Phileas Fogg, en la que Pérez Zúñiga y Xaudaró desplegaban ante sus lectores un imaginario de semanario gráfico. El embrión de la fábula podría encontrarse en alguna de las historietas de aventuras que Xaudaró dibujó a finales del siglo XIX para revistas católicas. En cuanto a la idea de un globo confeccionado con papel de periódico, que lleva a los protagonistas de estos *Viajes* hasta la China, delata la lectura de «The Unparalleled Adventure of One Hans Pfaal» de Edgar Allan Poe, relato en el que interviene un globo de idénticas características, procedente de la Luna. El *trifinus melancólicus* nos lleva a hablar, por fin, del satélite terrestre y de la novela que en esta ocasión más nos importa.

Los años comprendidos entre 1899 y 1906 coinciden con un largo periodo de cesantía en la vida del autor, durante el cual escribió algunas de sus obras más exitosas; entre ellas, varias de las imitaciones lúdicas hasta ahora comentadas, y otras en espera de reedición, como el falso almanaque titulado *Camelario zaragatono. Seis días fuera del mundo* data de 1905 y acusa esa misma inspiración paródica, pues en gran medida se trata de una imitación irreverente de *The First Men in the Moon*, de Herbert George Wells. Esta novela había sido traducida al español muy a comienzos de 1905, año que marca un primer apogeo en la recepción de Wells en España. Las semejanzas entre hipotexto e hipertexto son numerosas y fáciles de descubrir tras una lectura atenta de ambas obras: la sustancia antigravitatoria, el paisaje lunar, el bebedizo embriagante, la profesión de los protagonistas, las transmisiones por radio, etc. Las modificaciones introducidas por Pérez Zúñiga en la estructura argumental no son menos evidentes ni menos significativas: la muerte del científico, la ausencia de metales preciosos, la escala en el planeta Venus y muy en especial la tosquedad de las sociedades extraterrestres descritas, en vivo contraste con la diversidad biológica que encontraban en la Luna los protagonistas de Wells, y que a su vez constituía una denuncia indirecta de la división del trabajo en las sociedades industrializadas. No debe perderse de vista que Pérez Zúñiga no sólo estaba parodiando una novela de ciencia ficción,

¹⁹ El pasaje provendría de un texto firmado con iniciales en un número índice de *La Novela Corta*, sin fecha, citado en Juan PÉREZ ZÚÑIGA, *Viajes morrocotudos en busca del «Trifinus melancólicus»*, Madrid, Biblioteca Nueva 1995, p. xiv. «Rubén» es, desde luego, el poeta modernista de origen nicaragüense conocido como Rubén Darío.



sino también una fábula socialista; por lo tanto, quizá no cometa pecado de lesa hermenéutica quien considere que la Luna en la que cae el armario volante no representa, como la de Wells, una evolución posible de nuestro mundo, sino la ausencia de alternativa, el fin de la Historia, la playa desierta en la que mueren todas las esperanzas de perfeccionamiento humano.

Podría objetarse que es en Venus donde el cosmonauta ibérico encuentra una civilización sofisticada y en apariencia igualitaria. Y sin embargo, los hematófagos *venustianos* despiertan en el protagonista tan poca curiosidad como las banquetas lunares: él había esperado otra cosa del planeta del amor. El viajero involuntario no encuentra en el cosmos ni mitos risueños ni profecías admonitorias. La improvisada expedición de don Pompeyo representa una versión degradada de la de Mr Cavor, rebaja las expectativas ante el periplo espacial y se salda con el desengaño y el desinterés. Es cierto que el espacio exterior comporta ciertas ventajas con respecto a las calles madrileñas: no hay tribunales, ni guardias de orden público, ni microbios, ni acreedores, ni tranvías, ni autores dramáticos; pero nada de esto alcanza a compensar las zozobras del viaje interplanetario, plagado de peligros y de incomodidades. Si el desenlace de esos *Seis días fuera del mundo* no es más trágico, el narrador ha de agradecerse a la providencia divina, a la que invoca frecuentemente y con ironía no siempre manifiesta.

Tanto Wells como Pérez Zúñiga aceptan en sus novelas la existencia del éter, lo que tiene que ver menos con un fenómeno de intertextualidad que con el paradigma científico aceptado todavía a finales del siglo XIX. También surcan el éter, por ejemplo, los protagonistas de otra fantasía científica española, algo anterior: *Un viaje a Júpiter*, de Enrique Bendito (1899). El recurso a una sustancia antigravitatoria como método de propulsión, presente asimismo en la novela de Bendito, puede retrotraerse a obras bastante más antiguas, como *A Voyage to the Moon*, de George Tucker (1827)²⁰. Los personajes de Pérez Zúñiga citan igualmente a Camille Flammarion, cuya *Astronomie populaire* (1880) tuvo una influencia decisiva en la manera de representar la Luna en la Europa finisecular. Es posible, no obstante, que nuestro autor no exhibiese sino una parte de sus lecturas. La idea del pavimento deslizante, por ejemplo, podría ser una reminiscencia

²⁰ Consúltese la tesis de Alfonso ALCALDE-DIOSDADO, *El tópico del hombre en la luna en las literaturas cultas y populares*, Granada 2002. Existe versión en línea.

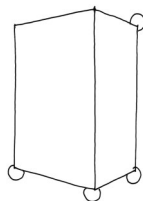
del relato de Nilo María Fabra «En el planeta Marte», que había sido publicado en *La Ilustración Española y Americana* en 1890. En cuanto al museo galáctico del duodécimo capítulo, acaso provenga del *Viaje somniaéreo a la Luna* de Joaquín Castillo y Mayone (1832)²¹. Resultaría, por lo demás, demasiado prolijo enumerar los puntos de contacto que esta y otras novelas de Pérez Zúñiga mantienen con los procedimientos paródicos y los resortes de la comicidad del teatro bufo —tal y como Francisco Arderús lo importó en 1866— y aun de la comedia burlesca española del siglo XVII.

Seis días fuera del mundo se nos presenta, al comienzo del undécimo capítulo, como una «verídica narración». *Historia verdadera* o *Relatos verídicos*, según las traducciones, era el título de una obra del siglo II en la que Luciano de Samosata caricaturizaba las exageraciones de los historiadores clásicos, y en particular de Heródoto; entre otras muchas cosas inverosímiles, Luciano imaginaba que un barco era catapultado hasta la Luna por una tempestad, y que los selenitas tenían ojos desmontables: «quien lo desea puede quitárselos y guardarlos hasta que necesite ver; entonces se los coloca y ve. Muchos, al perder los propios, los piden prestados a otros y ven. Los ricos suelen tener muchos en reserva»²². Las obras completas del historiador sirio se habían editado en castellano a lo largo de la década de 1880, en cuatro volúmenes de la casa Hernando, pero nunca sabremos con certeza si Pérez Zúñiga era consciente de la deuda que con ellas mantenía su descripción de los *venustianos*.

Por encima de coincidencias más o menos textuales, Pérez Zúñiga compartía con el de Samosata la predisposición a la parodia y el hábito desmitificador. Es la suya una cosmovisión sanchopancesca y pedestre, muy poco proclive a perderse en filosofías. El horizonte último del narrador-protagonista es la satisfacción de las necesidades físicas: mientras explora los cuerpos celestes echa de menos la jícara de chocolate, y lo primero que hace al regresar a la Tierra es entrar en una taberna a comerse una chuleta. Los términos de comparación en sus descripciones están en

²¹ Quien tenga interés en estos pioneros de la fantasía científica española leerá con provecho *De la Luna a Mecnópolis. Antología de la ciencia ficción española (1832-1913)*, Barcelona, Quaderns Crema 1995, al cuidado de Nil SANTIÁÑEZ-TÍO.

²² LUCIANO, *Obras*, Madrid, Gredos 1981, vol. 1, p. 193.



sintonía con esos modestos ideales: vista desde lejos, la Luna es una «especie de torta»; sus cráteres parecen plomo «con sopas»; el mar de la Tranquilidad, «gachas echadas a perder»; los arbustos saben a «merluza frita», las incrustaciones de la gruta semejan «turrón de Alicante»; la piedra más grande es ligera como «un buñuelo». Ese provincianismo sin complejos se revela en su máximo esplendor cuando el narrador, al contemplar la superficie lunar por primera vez, exclama: «No hay nada en Chinchón que se le parezca» (Chinchón es un pueblo pintoresco, al sur de Madrid, cuyos ajos gozan de cierta fama local). La epopeya espacial es vista con una óptica deliberadamente pueblerina y gastronómica, desde un prisma perceptivo que parece cuadrar mejor a un mesonero como el de Covarrubias que a un publicista capitalino. El desfase entre la gran aventura y el *grosero estilo* provoca situaciones risibles, pero no hay una voz alternativa que condene o relativice esa perspectiva. La novela es insistentemente monológica y todos sus caminos conducen al mesón como fuente de razón práctica.

Pérez Zúñiga se divirtió en protagonizar varios de sus relatos, como si no le hubiera sido dado imaginarse una figura más prosaica y antiheroica que él mismo. Un crítico a la moda se apresuraría a hablar de autoficción *avant la lettre*. Otros preferimos ver en ello una herencia de aquella metalepsis costumbrista que permitía comenzar un artículo con frases más o menos como la siguiente: «acababa yo de despertarme y de implorar la protección del santo ángel de la guarda, cuando vi aparecer en mi estudio una de estas figuras agoreras que un autor romántico no dudaría en calificar de *sinistro bulto*»... Al igual que en otras ocasiones, en *Seis días fuera del mundo* Pérez Zúñiga arrastrará consigo a los reinos intradieгéticos a su amigo Joaquín Xaudaró, acreedor de muchos más comentarios de los que aquí le podemos dedicar. Sépase, por lo menos, que él también fue colaborador asiduo y destacado de los periódicos del grupo Prensa Española, y que sus historietas conocieron a menudo una segunda vida en álbumes y recopilaciones. Antoni Remesar ha subrayado el papel de este dibujante en la evolución del cómic en España, particularmente durante el periodo comprendido entre 1895 y 1910²³.

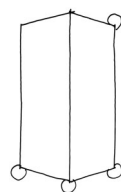
Las obras artísticas producidas dentro de una industria cultural de masas suelen dar una engañosa sensación de univocidad, contra la que

²³ Antoni REMESAR (ed.), *Xaudaró. El reto de la aventura (1897-1903)*, Barcelona, Complot 1984, p. 5.

numerosos autores, desde Antonio Gramsci hasta Roland Barthes y Umberto Eco, han intentado prevenir. *Seis días fuera del mundo* es uno de esos productos que invitan al consumo lúdico e ingenuo. Desde luego, es perfectamente legítimo entregarse a esa lectura, y hacer por disfrutar de las peripecias y de los chascarrillos de su narrador. Quizá quepa incluso considerarla una experiencia filológicamente enriquecedora, a condición de que no se olvide que la factura sencilla de esta novela encubre el diálogo con lecturas a veces lejanas y no siempre evidentes; que lo que se nos presenta como una amena incursión en la fantasía científica se cierra con el rechazo casi misoneísta de toda experimentación; que la intrascendencia aparente de su fábula tiene en el fondo algo de materialismo rabeliano. Tampoco debe ser despachado apresuradamente su autor, ese burócrata de una España levítica que, si alguna vez maltrató en sus poemas a los socialistas o a los magrebíes, también podía declararse, según quién le hiciera la pregunta, partidario del divorcio y de la participación de las mujeres en la vida pública²⁴.

A imagen del mesonero de Covarrubias, doblado en médico rural, *Seis días fuera del mundo* revela varias dimensiones y admite lecturas diferentes. A todos nos hará reír, pero quizá no por los mismos motivos, ni en los mismos pasajes. Unas veces alternará en el estante con los versos campanudos de Eduardo Marquina y otras —la vida tiene esas ironías— con las prosas de juventud de Federico García Lorca. A fin de cuentas uno nunca es lector de un solo libro, ni de un solo autor, y tan falto de puntos de referencia estaría quien sólo leyera a Pérez Zúñiga como quien nunca lo hubiera leído.

²⁴ A. PRECIOSO, «A manera de prólogo», *op. cit.*



Nota al texto

La primera edición de esta novela, salida de las prensas de los hijos de M. G. Hernández, se puso a la venta entre abril y mayo de 1905. Una jugosa nota bibliográfica aparecida por entonces en el semanario *Gedeón* recomendaba su adquisición como sustituto de las novelas edificantes:

Decíamos ayer que la *Biblioteca Patria*, patrocinada por los señores marqués de Comillas, conde de Canilleros y congéneres, había publicado varias obritas desagradables y tontitas como ellas solas, y abrigábamos, y seguimos abrigando, la risueña esperanza de que nadie se gaste dos pesetas en ellas, cuando, por ejemplo, puede gastárselas en adquirir la interesante y astracánica narración titulada *Seis días fuera del mundo*, que nuestros simpáticos compinches Pérez Zúñiga y Xaudaró acaban de dar á luz, tras una gestación bastante feliz, y en la que pueden hallar ustedes grato solaz, disparatados incidentes y un poco de simbolismo, sin lo cual ahora no es posible despachar ningún libro¹.

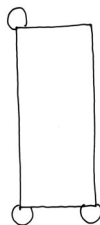
La novela fue anunciada con frecuencia en la prensa, pero las menciones no volvieron a ser tan extensas ni exultantes como la precedente.

El 5 de mayo de 1917, la popular colección «La Novela Corta» ofrecía a sus lectores en su número 70 una nueva edición de *Seis días fuera del mundo*, adaptada expresamente por su autor para amoldarla al número limitado de páginas disponibles. Bajo la dirección de José de Urquía, dicha colección proponía cada semana un nuevo relato, con un precio de 5 o 10 céntimos, en función de la extensión, lo que hacía de ella «el libro de los que no pueden pagarse libros»².

La edición de 1917 presenta con respecto a la de 1905 una larga serie de modificaciones, en las que me detendré brevemente. La más conspicua es la supresión de los formidables dibujos de Xaudaró, que habrían exigido un espacio y un empeño en la composición excesivos para la empresa de Urquía. Aunque el texto de esta novela es suficientemente autónomo como para admitir una lectura sin el aparato gráfico, éste resulta

¹ S.f., «¡El papel vale más! (Notas bibliográficas)», *Gedeón*, nº 495, 18 de mayo de 1905, s.p. [4].

² Roselyne MOGIN-MARTIN, *La Novela Corta*, Madrid, CSIC (Literatura Breve, 4) 2000, p. 31.



fundamental no sólo para subrayar la comicidad de cada situación, sino también para poder representarse con exactitud algunos episodios del viaje interplanetario.

Otro paratexto más discreto, la dedicatoria a los hermanos Álvarez Quintero, sigue en 1917 el mismo camino que las ilustraciones.

En lo que constituye propiamente el cuerpo de la novela desaparecen numerosos pasajes accesorios que sería engorroso enumerar en su totalidad, por lo que me limitaré a comentar los más importantes. En primer lugar, la extensa sección del capítulo II en la que los ocupantes del armario discuten sobre quién habría de ser zar, desde «Si en vez de estar aquí estuviéramos en Rusia...» hasta «...los aeronautas de paja», varios párrafos más abajo. Obsérvese que la Revolución de Octubre, a pesar de su nombre, estalló a principios de noviembre de 1917, precisamente mientras esta novela estaba a la venta en los quioscos madrileños. No obstante, más que las cuestiones hasta cierto punto domésticas del imperio ruso, debieron de determinar la elisión las críticas a la clase política entreveradas en el pasaje, así como las irreverentes consideraciones sobre el creador del universo con las que concluía. La segunda de las supresiones mayores afecta a los tres primeros párrafos del capítulo V, en los que se discutían de nuevo las afirmaciones de Wells, y se remachaba la decepción del narrador. Salvando estos dos casos, que atañen a pasajes enjundiosos, mi impresión personal es que los cambios operados en la versión de 1917 no perjudicaban gravemente al texto, pues limitaban los excursos y las explicaciones superfluas, imprimiéndole mayor dinamismo. Un ejemplo de esto podría constituirlo el último párrafo del capítulo IX, que queda reducido a dos líneas, o la supresión del primero del X, que, aparte de la cordial apelación a los lectores, poco o nada añadía al relato de los acontecimientos.

Comprendiblemente, se omiten en la versión de «La Novela Corta» algunos de los pasajes de lectura más dudosa: es el caso de la comparación entre el Cid y el cráter Proclo con que se abre el tercer capítulo, o la referencia a la funeraria Rubio del capítulo VI. La advertencia final del narrador, que afirma tener reservado un tiro «para el primer inventor que se me descuelgue con proposiciones atrevidas», también desaparece en aras de la corrección política.

En paralelo a esta labor de aligeramiento y reducción, Pérez Zúñiga aprovechó la reescritura de 1917 para poner al día algunos de los referentes

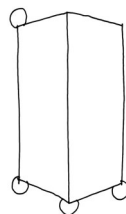
extraliterarios aludidos en la novela. Así, sustituye los nombres de las celebridades de antaño por otros más actuales: el de Luisa Michel por el de Emilia Pardo Bazán, el de Vital Aza por el de Carretero³, y el del presidente Raimundo Fernández Villaverde por el del ministro Miguel Villanueva. La referencia a la tardanza en las obras del Matadero cede el puesto a la interminable construcción de la Gran Vía madrileña. El escritor también precisa su cambio de domicilio, de la calle Fúcar a la de Fuencarral. La edición de 1917, por último, moderniza la acentuación y revisa la puntuación, añadiéndose numerosas comas.

Un anuncio en el diario *ABC* del 21 de julio de 1954 permite poner una fecha *ad quem* a la tercera edición de *Seis días fuera del mundo*, esta vez con el número 14 de la colección «Escritores célebres» de la Editorial Dólar. Dicha edición, que era la última completa hasta el día de hoy, seguía el texto de «La Novela Corta». Muy recientemente, un número de la revista *Eñe* dedicado a la ciencia ficción proponía a sus lectores el capítulo IV y parte del V, siguiendo el texto de 1905⁴.

De esta exposición sucinta de la historia del texto se desprende la existencia de dos versiones autorizadas, aunque de diferente interés: la de 1905 y la de 1917. Aunque revisada por el autor, la segunda hubo de someterse al corsé de una colección editorial particularmente restringente; la primera, en cambio, se caracteriza por un suplemento de contenido que invita a tomarla como testimonio base. He tratado de minimizar mi intervención sobre ese texto; no obstante, el propósito de ofrecer una versión limpia, correcta y coherente impone ciertos cambios. Esos cambios se comprenden dentro de alguna de las tres categorías siguientes: 1) corrección de erratas y solecismos; 2) modernización de la ortografía, de la acentuación y del uso del guión largo; 3) sistematización de la cursiva para identificar extranjerismos o títulos de obras literarias. Téngase en cuenta que muchas de las irregularidades corregidas pudieron producirse

³ Recuérdese que desde Venus el Sol parecía más grande «que visto desde la Tierra por Vital Aza subido en zancos» (capítulo VIII). Gracias a Leopoldo Alas *Clarín* sabemos que, efectivamente, «Vital Aza es muy largo» («Vivos y muertos», en *Madrid Cómico*, nº 537, 3 de junio de 1893, p. 3). Su nombre sería sustituido por el del escritor José María Carretero Novillo, más conocido por su pseudónimo *El Caballero Audaz*, a quien Rafael Cansinos Assens describía como «[a]lto, hasta parecer un gigante» (*La novela de un literato (Hombres – Ideas – Efemérides – Anécdotas...)* 2. 1914-1923, Madrid, Alianza 1985, p. 308).

⁴ Nº 18, 2009, pp. 97-103.



en el proceso de impresión, y de hecho algunas fueron rectificadas en ediciones posteriores. Así, si bien mantengo alguna grafía que hoy se considera arcaizante («substancia») o la minúscula en «Vía láctea», basándome en que se conservaron en la edición de «La Novela Corta», modernizo otras («zenit», «berengena» y «Rivera de Curtidores») que fueron enmendadas en 1917.

La lengua revela rasgos dialectales castellanos que habría sido abusivo corregir; en particular, cierta forma de leísmo, caracterizada por el uso del pronombre «le» en caso acusativo y referido a seres inanimados gramaticalmente masculinos: «le introduje en mi cartera», hablando de un papel; «[s]i le hubieras aprendido», referido al idioma griego; «i[c]uántos le quisieran!», a propósito de un satélite. Esta edición respeta estos usos, así como dos o tres casos de loísmo y laísmo, que tampoco fueron corregidos en ediciones posteriores.

Son constantes en esta novela las referencias a calles y espacios madrileños, que en su mayoría existen aún: calle Luna, Fúcar o Ministriles; paseo de la Castellana, Puerta de Alcalá, Salón de Actualidades, el mercadillo del Rastro... También el Garibaldi del quinto capítulo era un personaje popular de la Villa y Corte. Estas alusiones privilegian quizá al público madrileño, pero en modo alguno impiden que lectores de otras latitudes comprendan los detalles de la acción, y encuentren en ella solaz y regocijo.

A. C. V.